

## UNIVERSIDAD Y CRISIS

**HILARIO AGUILAR CHAPARRO, MARTINIANO ARRENDONDO GALVAN, JAVIER MENDOZA ROJAS, RAFAEL SANTOYO SANCHEZ \***

### Presentación

Denominar como crítica la época actual y, consecuentemente, ocuparse de la crisis en las sociedades y en sus instituciones, parece ser ya actitud común.

Las aproximaciones y las formas de abordar la cuestión son múltiples y casi tan variadas como la cantidad de autores que la abordan. Sin embargo, no parecen estar todavía definidos nítidamente los rasgos característicos de la crisis, ni su origen, ni sus tiempos. Más aún, cabe preguntarse si el término mismo, crisis, es el adecuado para ocuparse de la situación actual, o habría que buscar otra u otras nociones que, articuladas a formulaciones teóricas, pudieran revelarse más útiles para la explicación del fenómeno.

Como un intento de contribuir a la delimitación del problema en la universidad se integra el presente trabajo. Le da inicio un breve análisis de las nociones de crisis en las ciencias sociales, y de los usos que de la misma se han hecho. Una serie de datos genéricos sobre la educación nacional pretende ubicar en su contexto la situación de la educación superior, para aproximarnos, finalmente, a lo que se ha denominado modelos universitarios en crisis. Se cierra el trabajo con algunas consideraciones a manera de conclusión.

### I. NOCION DE CRISIS EN LAS CIENCIAS SOCIALES

En un somero rastreo sobre el uso del concepto ha podido establecerse que ya la medicina hipocrática empleaba el término crisis para connotar la transformación decisiva que se produce en el punto culminante de una enfermedad; transformación que puede determinar la situación en sentido favorable o desfavorable para el enfermo.

Saint-Simon afirmaba que el progreso necesario de la historia está dominado por una norma general que establece la secuencia de épocas críticas. La época orgánica estaría basada en un conjunto de creencias bien establecido y, su desarrollo, perfectamente acorde con tales creencias, avanzando y creciendo dentro de los límites marcados; paradójicamente, este mismo avance o progreso generaría su propia contradicción al desplazar la idea motriz y determinar de esta manera el inicio de una etapa crítica. Algunos positivistas, particularmente Comte, parecen retomar la idea de Saint-Simon para señalar que toda la época moderna no es sino una fase crítica de la sociedad y de las instituciones, en la medida en que no han conseguido todavía su organicidad, aun cuando ya marchan hacia ella, vía el método científico.

Las ciencias sociales del siglo XIX se ocuparon ampliamente del conflicto considerándolo desde su perspectiva como una variable explicativa de primera importancia en el análisis de las relaciones sociales. Hegel y Marx, pero particularmente Pareto y Sorel, destacan, por el énfasis puesto en sus análisis, que la lucha por el poder y la influencia parecen ser características permanentes de la vida de las sociedades, y que constituyen, asimismo, formas de la interacción constante entre instituciones e individuos. Las situaciones que de esas constantes se derivan no necesariamente son negativas o disgregantes, sino que pueden contribuir a la conformación de las propias colectividades o al reforzamiento, de las relaciones entre sus componentes.

Por su parte Weber y Tonnies al tratar el conflicto, lo catalogan entre los fenómenos sociales preponderantes y lo establecen como factor imprescindible de las relaciones sociales, llegando a afirmar que “el conflicto no puede ser excluido de la vida social”. Simmel, a su vez, lo define como “una forma de asociación” al considerarlo “ligado orgánicamente a los mismos elementos que, en última instancia, mantienen unido al grupo”. En

---

\*Secretaría General Ejecutiva de ANUIES.

otras corrientes sociológicas el conflicto es considerado también como componente básico de la vida social, sin embargo, su tratamiento es sólo o mayormente para el análisis de los aspectos desestructurantes, hasta ocuparse de él enfáticamente en su vertiente de “enfermedad social”, como parece hacerlo Parsons. En esa perspectiva todo organismo social lleva en sí una serie de elementos conflictivos que se oponen y resisten a las formas y estructuras establecidas, y que al desarrollarse colocan al organismo en situación crítica.

En épocas recientes los trabajos referentes han coincidido en el diagnóstico de que los tiempos actuales son etapas críticas en la medida en que no cuentan con un principio o conjunto de valores en torno al cual puedan adquirir forma orgánica. De manera sobresaliente, Ortega y Gasset, filósofo que se ocupó de la cuestión en sus reflexiones de 1942, parece trabajar con el supuesto de que efectivamente hubo una uniformidad real y que de alguna manera a ella debería retornarse. Sin embargo, no es tan sencillo establecer que en la historia humana haya habido realmente épocas orgánicas o etapa alguna exenta de conflictos ideológicos, políticos o sociales. Es por ello que otros pensadores han señalado que si al diagnóstico de la crisis sigue la premonición de una etapa orgánica, cualquiera que sea su signo, la noción misma es discutible.

Fairechild, por su parte, en el “Diccionario de Sociología” caracteriza a la crisis como “toda interrupción del curso regular previsible de los acontecimientos”, y a la crisis social como “situación grave de la vida social, cuando el curso de los acontecimientos ha alcanzado un punto en que el cambio es inminente, para bien o para mal, desde la perspectiva del bienestar humano; en esta situación, la capacidad de dirección del control social es incierta. Desde el punto de vista de bienestar social, el criterio único para juzgar de una crisis es el de sus consecuencias en la unión o desunión mayores o menores del grupo”. De acuerdo con tales planteamientos puede afirmarse que las crisis constituyen factores relevantes de cambio, impiden la esclerosis de las instituciones y de las sociedades, posibilitando la creatividad y la transformación innovadora. En los análisis sociológicos y antropológicos se suele relacionar con frecuencia a la crisis con la desarticulación de los sistemas de valores, atribuyendo su origen ya sea a una irrupción violenta o como resultado de procesos más o menos lentos y previsibles. En el aspecto económico ya ha llegado a considerársele como una fase del ciclo desprendiendo sus características de su relación con las fases restantes: depresión, recuperación, prosperidad. Al hablar de crisis política, la referencia ineludible es a las instituciones aún cuando por lo general trasciende ese ámbito.

Desde la perspectiva de los sujetos sociales en todo fenómeno considerado como crisis destacan algunas características: se trata siempre de un punto crucial en el desarrollo de acontecimientos y acciones; los participantes sienten una fuerte necesidad de pasar a la acción; la situación pone en peligro los propósitos y los objetivos de quienes están involucrados en ella; su desenlace tiene siempre repercusiones sobre los actores o participantes; la concurrencia de hechos que provocan la crisis conduce a la presencia de un nuevo tipo de circunstancias; la crisis es fuente de incertidumbre y dubitación, tanto respecto a su apreciación, cuanto a su posible solución; se acentúa la sensación de urgencia, reflejándose en tensiones y ansiedades entre los participantes; y las crisis modifican la relación entre los participantes, agravando a veces las tensiones. Se describe también a la crisis como una situación que exige una decisión y para caracterizarla se pone énfasis en tres elementos: primero, identificar el origen del acontecimiento; en segundo lugar, especificar el tiempo disponible para la toma de decisiones y, en tercer lugar, la importancia relativa de los valores en juego.

Como se puede observar, crisis es todavía un término amplio, que hasta el momento no ha adquirido una delimitación de características precisas. Hay quienes lo utilizan como equivalente a tensión o como sinónimo de catástrofe, desastre y violencia o, como ya vimos, en el sentido de “punto culminante o crucial”, es decir, momento en el que se inicia un proceso de desenlace. La noción de crisis ha sido profusamente empleada en el tratamiento de los fenómenos sociales y por ello es de sobrado uso común entre historiadores, sociólogos, politólogos y psicólogos. Se entiende entonces la crisis como un complejo proceso social, de múltiples dimensiones, posible de situar en contextos muy diversos y con la gama amplia de efectos y resultados. Conviene, sin embargo, tener presente que un término que comprende casi cualquier situación puede ser difuso y dificultar el análisis de determinadas variables o de la interrelación entre ellas. Si se denomina bajo el rubro de crisis a toda una gama de situaciones, el factor puede convertirse en una constante y entonces correr el riesgo de no ser una herramienta útil para el análisis social.

Cabe, por otra parte, preguntarse que tan pertinente o legítimo, es plantear el asunto de la crisis como un problema político-ideológico y como un problema de conocimiento o de saber sobre este fenómeno social.

## II. USOS DE LA CRISIS

La palabra crisis en México y en el mundo se ha puesto de moda y cuando algo está de moda no puede dejarse de usar a riesgo de parecer obsoleto; la moda se impone porque, además de satisfacer los gustos colectivos, evita el problema existencial de pensar y de elegir. Lo mismo ocurre con un buen número de fenómenos que habiendo tenido su propio cuerpo y ropaje se ha vestido de crisis: crisis de crecimiento, crisis de identidad, crisis de conciencia, crisis económica, crisis de valores... La palabra crisis ha sido empleada como sustantivo; pero también para calificar situaciones: la sociedad en crisis, la familia en crisis, la educación en crisis... Hoy en día también parece calificar al hombre y a las instituciones que ha creado. Pero seguramente no siempre se trata del mismo fenómeno porque podemos identificar a lo largo de la historia diferentes crisis y manera de enfrentarlas y resolverlas. Las crisis tienen aspectos medulares y estructurales que se irradian en todas direcciones, se manifiestan de distinta manera e impactan a los grupos con desigual intensidad. A través del conocimiento sobre los fenómenos sociales se va formando una conciencia colectiva de los mismos. Sin embargo, quienes tienen la posibilidad de interpretar la crisis están también en condiciones de definirla y delimitarla, es decir, de hacer una versión del fenómeno y tratar de promover su aceptación y legitimación.

Han procedido parcialmente los que reducen la crisis actual que padecemos a una crisis económica, porque si bien lo económico es un núcleo importante que actúa en múltiples direcciones de la vida social, no es el origen de la crisis, pues para que ésta apareciera en el escenario antes hubo condiciones históricas y políticas que la precedieron. Con frecuencia se hace un manejo político ideológico de la crisis, presentándola no como problema social-estructural, sino como problemas parciales y sectoriales. Parece evidente que cuando no se quiere ver y enfrentar los problemas en toda su magnitud y profundidad se parcializan los fenómenos sociales. Esto se hace por ignorancia o por intereses específicos. En ocasiones el manejo político-ideológico de la crisis se encamina fundamentalmente a generar la creencia social de que no pasa nada grave, de que el problema es parcial, efímero, controlable. En otras ocasiones se exaltan las virtudes de la crisis porque se pueden obtener grandes beneficios, porque los hombres y las sociedades se templan, se prueban, y hasta se vuelven creativos.

El manejo político de la crisis no sólo hace referencia al aparato oficial. Hay desde luego otros manejos no menos políticos como el de los medios de información, las iglesias y los sectores empresariales. Naturalmente que cuando se hace referencia al manejo de la crisis se está hablando de un forma de entenderla asumida por los diferentes grupos sociales, de tal suerte que pareciera que los diversos sectores pretenden tener la mejor explicación de la crisis porque en ella se apoya su actuación social y política. En este último sentido la crisis, ya no como manifestación fenoménica, sino como el campo de interpretación, adquiere la forma de una lucha discursiva en donde lo importante ya no es la preocupación por el fenómeno de la crisis, sino la imposición de determinada versión sobre ella.

El discurso político sobre la crisis no está orientado al análisis científico de la realidad social, sino que está encaminado a crear una creencia que influya en la conducta colectiva. Hay, por así decirlo, una construcción discursiva sobre la crisis, pues ésta, como todo fenómeno humano y social, es susceptible de ser interpretado. La versión oficial es una y no necesariamente la única ni mucho menos tiene que ser la más certera pues, como señala M. Foucault, hay dos historias de la verdad. La primera, es una historia interna; y otra, es aquella en que la verdad se define a partir de ciertas reglas del juego, a partir de las cuales vemos nacer ciertas formas de subjetividad, dominio de objetos, tipos de saber y, por consiguiente, podemos hacer a partir de ello una historia externa, exterior a la verdad.

Las instituciones de educación superior (IES), particularmente las universidades, son también instancias de interpretación de la crisis. La universidad debería asumir como acción prioritaria, en estos momentos, la de aportar elementos científicos para la comprensión de la crisis nacional y fomentar la reflexión y el debate sobre sus causas y posibles soluciones. En primer lugar, la universidad es una institución que tiene la obligación de contribuir a la explicación y a la solución de los problemas nacionales. En segundo lugar cuenta con los

medios científicos, la infraestructura y el personal especializado para desarrollar una tarea de tal magnitud. En tercer lugar la universidad tiene una característica que la diferencia de otras instituciones y que consiste en el hecho de que su aporte al esclarecimiento de las causas de la crisis y sus propuestas de solución no están en primera instancia influidas por un compromiso o interés parcial o sectorial sino por el afán de cumplir con su responsabilidad con la sociedad en general. Esta propuesta está en consonancia con uno de los más altos principios que definen a la universidad como conciencia crítica de la sociedad. En este postulado se sintetiza el propósito de vincularse con la sociedad ejerciendo una función necesaria, que requiere de quienes la ejercen un profundo conocimiento, libertad y compromiso ineludible. Empero la universidad no podrá ser conciencia si antes no es autoconciencia, si la universidad como institución no conoce sus problemas y se empeña en resolverlos.

Actualmente, dentro del sistema de educación superior, varias instituciones, incluyendo a la Universidad Nacional Autónoma de México, están promoviendo en su interior procesos de revisión conducentes a operar los cambios que resulten necesarios.

### III. ELEMENTOS DE CONTEXTUALIZACION

Para comprender mejor la situación de la crisis de la educación superior en México es menester recordar el papel que el Estado ha desempeñado en lo general en la vida del país, y en particular en lo relativo al desarrollo de la educación. A tal grado ha sido importante ese papel que algunos autores han hablado del “Estado Educador”.

Una primera observación parece pertinente, y consiste en el señalamiento de que en México, al contrario de lo ocurrido en los países europeos, históricamente, el Estado precedió a la nación, en expresión de Josefina Vázquez en su libro *Nacionalismo y Educación en México*. En las diversas etapas de México, desde la época colonial hasta tiempos recientes, la forma de construcción de la nación ha sido un proceso lento y arduo. La educación ha jugado, en forma deliberada y explícita, un papel central en la identificación y cohesión como mexicanos, en la conformación de la nacionalidad y en la inculcación del nacionalismo. Durante la dominación española, si bien hubo expresiones culturales muy importantes y esfuerzos propiamente educativos, sobre todo por parte de la iglesia y de órdenes religiosas, no fueron suficientes como para configurar una educación popular de significación nacional. La preocupación por la educación se plasma ya en el México Independiente de la Constitución de 1924, que faculta al gobierno para establecer instituciones educativas. Un dato es convincente para ilustrar la situación: Josefina Vázquez señala que en 1851 de 122 escuelas elementales sólo cuatro eran del gobierno.

A partir de 1867, con la “República Restaurada”, y al término de la Intervención Francesa y de los continuos conflictos y alternancias entre liberales y conservadores, comenzó el proceso de conducción del Estado mexicano, sustentado en la Constitución de 1857. El positivismo francés influyó fuertemente a los liberales de esa época, pero con la militancia y la pasión de las vicisitudes vividas en los años anteriores. Al mismo tiempo que se diseña un proyecto de Estado fuerte, con la situación de hegemonía conquistada con las armas, se establece un proyecto de educación pública, basado en el principio de la laicidad.

El Estado mexicano cubrió los espacios que el escaso desarrollo de la sociedad no había podido alcanzar, en lo económico, lo político y lo cultural. La presencia del Estado ha sido sumamente intensa y poderosa, sorprende a muchos observadores extranjeros y, al decir de algunos estudiosos, contrasta notablemente su presencia casi omnímoda con la casi ausencia de la sociedad civil. Frecuentemente se plantea al respecto la idea de un “proyecto nacional”, cuyos hitos importantes en un eje de continuidad se ubicarían precisamente en el marco de la normatividad que rige las competencias del Estado y de la sociedad: la Independencia nacional (1824), la Constitución de 1857 y la Constitución de 1917.

La Revolución mexicana y la organización socio-política plasmada en el 17, ha orientado y normado al Estado mexicano y a los regímenes gubernamentales. En uso de esas atribuciones y de ocasionales reformas constitucionales, surgieron y se desarrollaron aparatos especializados del Estado.<sup>1</sup> Aunque hay antecedentes importantes, puede afirmarse que la consolidación del Estado y de sus aparatos especializados se gesta y se

afirma particularmente en el periodo cardenista. El aparato escolar, aunque previamente se hicieron intentos de diversa índole, se establece en 1921, todavía al fragor de las luchas intestinas, con Vasconcelos al frente, en el gobierno de Obregón. Cabe señalar que en 1910, al inicio de la revolución, el analfabetismo representa el 84 % de la población y en 1907 sólo el 4.7 de la población tenía acceso a la escuela y no sumaban más de 700 mil alumnos. A partir de 1921 el Estado ha sostenido, aunque con diferente intensidad, una política de expansión del sistema escolar. En 1930 se atendía al 8.2 % de la población en el sistema escolar (1'358,430 alumnos); en 1950 al 13 % de la población era de (3'249,200); en 1970 al 24 % de la población (11.5 millones) y para 1984 al 33 % de la misma (casi 25 millones).

La situación de la atención educativa actualmente es la siguiente, de acuerdo con datos oficiales: se alfabetizó a casi un millón de adultos en 1987, reduciendo el índice de analfabetismo al 6.4 %, a nivel preescolar hubo una matrícula de 2.7 millones de alumnos (1.6 al principio del sexenio); en el nivel primaria hubo un ligero descenso en la matrícula el año pasado (14.9 millones, cuando en 1982 era de 15.2 millones de alumnos); en el nivel secundaria hubo una matrícula de 4.4 millones de estudiantes, en tanto en 1982 era de 3.5 millones. En la educación media superior se estima haber inscrito dos millones de estudiantes (en 1982, 1.5 millones). Reportan para educación superior un millón 39 mil estudiantes y en el posgrado 45 mil.

Para el caso de la educación superior, en la perspectiva de análisis de la crisis del país y de la propia crisis de la educación superior, es relevante considerar los siguientes datos y tendencias de los últimos años:

- La tasa de atención a nivel nacional de jóvenes de 20 a 24 años, que se había incrementado ligeramente en 1985 (12.6 %) con respecto a 1980 (11.5 %), se ha contraído y manifiesta ya en 1987 un decremento (12.0 %).
- La matrícula de primer ingreso de nivel licenciatura, en diez años, ha pasado de 149,107 estudiantes a 224,321 que representa un incremento de 50.4 %. En los últimos tres años el incremento anual no ha representado ni siquiera medio punto porcentual y en 1987 hay un decremento de un punto bajo cero.
- La matrícula global de licenciatura en los diez últimos años ha ido de 570,680 a 989,414, que representa un incremento de 73.3 %. Los últimos tres años tienen la tasa anual más baja (menos del 3 %) y en 1987 ni siquiera es del 1 % (0.14 %).
- Se presenta una mayor dificultad de acceso a la educación superior y una restricción de las oportunidades de educación de este nivel para las depauperadas clases media y baja y, por consiguiente, una mayor elitización.
- Se observa la tendencia a una mayor cobertura de atención de los servicios de educación superior por parte del sector privado y un estancamiento en el desarrollo de las IES de carácter público y un progresivo deterioro de sus condiciones de funcionamiento.
- Es previsible un mayor distanciamiento en la tasa de atención, entre las entidades federativas, correlativo en lo general a su nivel y dinámica de desarrollo socioeconómico (en 1985 iba de una dispersión del 24 % de atención a jóvenes de 20-24 años, al 3.3 %). La concentración de oportunidades, en cuanto a la diversidad de opciones y a niveles de calidad continúa en el Distrito Federal.

---

<sup>1</sup>Fossaert plantea tres "instancias" societales en las que se ubican los aparatos; la económica, la política y la ideológica. Sostiene que un aparato es "en un principio un efecto de la división social del trabajo, un sistema de relaciones sociales que implica una actividad colectiva especializada. . . designa un repliegue especializado por el que la sociedad se vuelve sobre ella misma y se toma por objeto (p. 43). Los aparatos pueden reducirse a dos categorías: los aparatos de Estado y los aparatos ideológicos, salvo la doble pertenencia de algunos de ellos. Por aparatos ideológicos entiende, de manera provisoria, "todas las instituciones sociales que participan, de manera especializada, en la formulación y en la circulación de una representación cualquiera del mundo, global o fragmentaria". Y por los aparatos de Estado "las instituciones que se puede decir están incluidas en el Estado, colocadas bajo su dependencia directa, que se pueden caracterizar por varios rasgos, entre otros por la obediencia permanente y bien reglamentada a las directrices emitidas por el poder del Estado, por la organización jerarquizada de forma militar o administrativa, por el suministro del recurso financiero por el circuito impuesto/gasto". (Fossaert, R, La société, Les Appareils. Ed. Du. Seuil, París, 1978.)

- Prosigue la tendencia a la desarticulación de los subsistemas (universitario, tecnológico y normal), sin constituir un verdadero sistema de educación superior, a no ser en términos abstractos y formales.
- Es previsible una mayor crisis de las profesiones demasiado especializadas en cuanto al mercado de trabajo, que se encuentra en procesos de cambios importantes.
- Es previsible el aumento de los conflictos en las IES, con ocasión de las restricciones de acceso, pero también por razones de condiciones laborales con el personal académico y administrativo.

#### IV. MODELOS UNIVERSITARIOS EN CRISIS

El sistema escolar, y en este caso la situación de crisis de la educación superior, requieren de una mediación conceptual para su análisis. En la amplia literatura sobre la universidad latinoamericana y mexicana que en las últimas dos décadas se ha producido, un tema relevante es el que se refiere a los modelos universitarios. Sin que aquí se pretenda retomar en su conjunto la discusión en torno a los modelos y su actual obsolescencia, se plantean algunas ideas sobre lo que podemos denominar la crisis actual de los modelos combinados de la universidad pública mexicana. De las distintas formas de considerar los modelos (como idea, proyecto, paradigma o configuración histórica), asumimos que la universidad pública es el resultado de la interacción de múltiples factores que van de los ideológicos a los de orden social e histórico; la universidad hoy existente y sus formas de organización, su estructuración como campo de producción y reproducción de bienes simbólicos y sus formas de articulación con la sociedad y con el Estado no es la cristalización de un modelo idealmente concebido por determinados protagonistas, ni la aplicación mecánica de un plan, programa o proyecto. Más bien, la universidad de los ochentas es la síntesis contradictoria de las distintas etapas por las que ha atravesado, en la que coexisten modelos y prácticas profundamente heterogéneas.

La universidad “moderna” no sustituyó del todo a la universidad “tradicional”; la universidad “de excelencia” coexiste con la universidad de incipiente desarrollo; la universidad para el desarrollo económico no desplazó del todo a la universidad espiritualista-liberal; la universidad planificada se insertó en la universidad de crecimiento espontáneo. Por otra parte, frente a la universidad elitista se desarrolló una universidad de masas, resultado del crecimiento explosivo de la demanda social de ingreso y de las políticas instrumentadas particularmente en la década de los setentas; frente a la universidad como comunidad surgió la universidad como complejo sistema organizativo; de la universidad gobernada por académicos se pasó a la universidad en manos de las burocracias administrativas; la universidad como formadora de profesionistas liberales se enfrentó al proceso creciente de socialización de las profesiones; la universidad academicista y apolítica fue cuestionada por la universidad militante.

En otro nivel, de la comunidad entre profesores y estudiantes se pasó a una relación de anonimato; frente a los métodos tradicionales de enseñanza-aprendizaje se adoptaron sistemas modernos de tecnología educativa; al profesor como educador se contrapuso la idea del profesor como “ingeniero” de conductas.

Estos cambios y muchos otros que pueden aquí señalarse, nos llevan a buscar alguno de los elementos explicativos de la actual crisis universitaria.

1. La universidad no es una institución social homogénea, ni en sentido genérico ni en su especificidad institucional. Si bien existen características comunes entre las universidades públicas del país, la gran diversidad de situaciones de las instituciones imposibilitan considerarlas como un conjunto homogéneo. Pero también, dentro de cada institución existe una diversidad en ideas, proyectos y prácticas universitarias.
2. El desarrollo de las universidades públicas ha sido análogo al “desarrollo desigual y combinado” característico del modelo desarrollista sostenido por el país durante más de cuatro décadas. Así, en las universidades coexisten los polos de la modernidad y de la tradición; de la educación del siglo XIX, con la que se perfila para el siglo XXI; del trabajo intelectual artesanal con la transmisión del conocimiento en serie; el humanismo clásico con cibernética; la excelencia con la deficiencia académica.

3. Resultaría simplificador hablar de un modelo de la universidad pública, en cambio sería más correcto hablar de la articulación de modelos diversos. Si algo ha caracterizado a la universidad ha sido su resistencia a adaptarse a modelos determinados. La universidad no es solamente lo que establecen sus principios jurídicos, ni lo que propugna un plan o programa, ni lo que de ella piensan distintos actores: Estado, autoridades, académicos o trabajadores. La universidad es tanto lo que ella propone como lo que sobre ella se dice y lo que ella hace y deja de hacer.
4. La crisis actual de la universidad es en parte la crisis de sus modelos. Ello alude tanto a la pérdida de significado social de las funciones que cumple social, económica, política e ideológicamente, como a la necesidad de replantear la articulación y sentido de los modelos, en el marco de la sociedad mexicana de fines del siglo xx y de los retos que planteará la del siglo XXI.

A modo de ejercicio, y con el propósito de esclarecer algunos de los rasgos de la actual crisis universitaria, a continuación se hará referencia a cuatro modelos que coexisten en la universidad pública y algunas de sus contradicciones hoy en día. Insistimos de nueva cuenta en que estos modelos de ninguna manera se encuentran en estado puro en las universidades públicas del país, sino que coexisten de manera tensional y a veces poco definida. Para efectos de análisis, se han acentuado algunas de las características observables, si bien en la práctica se encuentran mediadas por múltiples factores que juegan en la dinámica particular de cada institución.

### 1. La universidad del crecimiento lineal

Con este término se hace alusión a la universidad que ha tenido un crecimiento explosivo en las últimas dos décadas, resultado de la combinación de diversos factores; demanda social de ingreso, políticas expansionistas en el sistema educativo, papel político que juega la universidad como ámbito de legitimación ideológica del Estado de la revolución mexicana, etcétera.

La canalización hacia la universidad de sectores medios urbanos que potencial o realmente demandaban empleo, en un mercado de creciente estrechez, tuvo objetivamente una función de distracción de la juventud y posibilitó alargar el conflicto, trasladando a futuro su manifestación evidente: a los jóvenes se les abrían escuelas para que ahí ocuparan la mayor parte de su tiempo; se les permitía que en ellas hicieran las críticas que quisieran, siempre y cuando no tocaran la estabilidad política del país; parecía existir connivencia entre los diversos actores intervinientes; el Estado democratizaba las vías de acceso a la educación superior; la universidad se asumía como centro de formación de profesionales, los profesores atendían a las nuevas generaciones, los estudiantes asistían a las aulas y los padres de familia depositaban sus esperanzas en un futuro más promisorio para sus hijos.

Así, en este modelo lo prioritario era dar espacio en las aulas a quienes lo demandaran, sin preocuparse por aspectos relacionados con la calidad de las experiencias educativas. Discursivamente se justificaba esta política en la creciente democratización del país, mientras que en los hechos se producía una universidad de masas con muchos espacios de ineficiencia académica. Con ello se lograba “retener” a los jóvenes durante cuatro, seis, ocho años y diferir la demanda de empleo al nivel correspondiente a una calificación profesional.

La crisis de este modelo se evidencia en hechos como los siguientes:

- a) La política de diferir los problemas de empleo a futuro encuentra necesariamente un límite temporal, si en las pasadas dos décadas se pudo ir sorteándolos en el marco de las crisis cíclicas de la economía mexicana, a fines de los ochentas se tienen indicadores que apuntan a la inviabilidad de continuar alargando y acumulando tal problemática.
- b) Los resultados de haber crecido en matrícula sin haber contado con los recursos (financieros, materiales y humanos) necesarios para dotar de significado intelectual sólido a las prácticas académicas, condujo a la situación que hoy vivimos en la universidad pública, a la que comúnmente se refiere con el término “baja calidad educativa”. Resulta inviable continuar con este propósito -implícito o explícito-

de distraer, entretener y atacar problemas de índole no educativa, escudados en la universidad. La solución al problema del empleo de los jóvenes no puede seguirse transfiriendo a la universidad.

- c) El modelo en sí mismo es cada vez más cuestionado desde dentro y desde fuera de la universidad, tal como lo demuestran las actuales experiencias de replanteamiento de algunas universidades públicas: los estudiantes son conscientes de la simulación implícita por ser quienes directamente viven a diario prácticas académicas en un marco de deterioro creciente; los profesores se cuestionan su función como formadores en un contexto de pérdida de significado del trabajo intelectual, que acompaña a la universidad masificada y de relaciones impersonales y burocratizadas; la universidad se afana por encontrar caminos que conduzcan al reencuentro de la academia y otorguen un sentido a la presencia de miles de estudiantes, para quienes su paso por ella no debe constituir un mero proceso de acumulación de horas gastadas y, tal vez, desperdiciadas; los padres de familia se percatan ahora que ya no basta con el título universitario para que sus hijos encuentren empleos remunerados de acuerdo con las expectativas originalmente depositadas.

## 2. La universidad para el mercado de trabajo

El uso del término “recursos humanos” se extendió por el impacto ideológico que tuvo la teoría del capital humano a partir del supuesto de la asociación lineal entre escolaridad, productividad e ingresos. La educación se concibe aquí como una inversión que se hace tanto a nivel individual como a nivel social y que deberá reeditar en términos económicos: mayores ingresos en el primer caso, y mayor desarrollo en el segundo.

Toda una corriente que arranca en los cincuentas y que, pese a su carácter mistificador demostrado en los hechos, se arrastra hasta la actualidad, impacta las políticas que pretenden modernizar a la universidad, a fin de hacerla funcional a las exigencias de la nueva fase de desarrollo económico del país. Del modelo de universidad tradicional, ya cuestionado por los desarrollistas clásicos, se perfila como meta alcanzar uno nuevo que haga de la universidad un reflejo fiel de las necesidades que plantea el aparato productivo de bienes y servicios de la sociedad, necesidades que se reflejan en el mercado del trabajo.

Entre las exigencias del desarrollo de un país que ya había despegado en la fase industrial, estaba la de contar con un aparato educativo funcional a la era moderna, y la universidad debía ser el motor del desarrollo, ya no un espacio de acción de los intelectuales liberales, ni la institución de cultura humanista y enciclopédica. La universidad moderna debía crear los recursos humanos necesarios a la industrialización, cuyo sector de punta se tomaba como paradigma. Esta es la universidad formadora de científicos, ingenieros y tecnólogos, vinculada al aparato productivo, que responde a las demandas del mercado de trabajo, que define su cuerpo curricular a partir de diagnosticar las necesidades de la práctica profesional dominante en el mercado, y que se organiza a sí misma como una empresa más al elaborar productos para el sector moderno de la economía.

Este modelo se ha intentado construir de modo sistemático desde hace por lo menos una década, y la experiencia muestra la crisis en que se encuentra:

1. La búsqueda de ajustar la oferta de profesionales a la demanda del mercado de trabajo ha cumplido más con una función ideológica que con una económica. Las lógicas distintas del mercado y de la universidad hacen inviable este ajuste mecánico. Diversos intentos de prever el funcionamiento del mercado de trabajo a futuro, y a partir de ahí establecer la oferta por área y carreras, han quedado en ejercicio de escritorio de los planificadores. Ya se ha dicho que en una economía capitalista las predicciones que se pueden hacer son de orden general para el corto plazo y están sujetas a tal multiplicidad de factores de decisión individual, que pierden su efectividad real como parámetros para la planeación educativa.
2. Asumiendo que en determinados casos es posible acercar la oferta con la demanda, cabe la pregunta de si la universidad es sólo un agente de capacitación para el trabajo (lo que más se acerca a un tecnológico) o encuentra su centro en los procesos de generación y transmisión del conocimiento, en su propia legalidad y temporalidad. Lo primero hace de la universidad una escuela más, mientras que lo segundo la sitúa en su dimensión académica y es en ella desde la que hay que pensar formas de

articulación con la sociedad y el mercado. El modelo aplicado como tal, despoja a la universidad de sus potencialidades institucionales y la hace orbitar alrededor de un mercado heterogéneo y excluyente.

3. Los fines de los ochentas se caracterizan -dentro de la crisis económica- por la contracción del mercado ocupacional, la disminución de plazas laborales en el sector público (como medio de “adelgazamiento” del Estado), el cierre de fuentes de trabajo en el sector privado, el crecimiento del mercado informal y de la economía subterránea, la inestabilidad en el empleo y la indefinición de las pautas de comportamiento futuro de la economía y del trabajo. Es momento oportuno para reflexionar sobre el sentido de la universidad en un país en crisis, ante la evidencia de que desde ella no se produce el desarrollo social como se esperaba, y que, además de formar profesionistas para su incorporación al trabajo (función cada vez más incierta) realiza otras prácticas que deberán redimensionarse dada la situación de “crisis crónica” de la demanda externa.
4. Al llevar implícito el modelo una noción sobre desarrollo dejó de lado otras formas de encararlo. En efecto, centrado como ha estado en la ideología desarrollista y modernizadora que responde a los intereses del capital, no toman en cuenta ideologías que respondan a otros intereses. Si algo caracteriza a la economía mexicana es su gran heterogeneidad y su profunda desigualdad. Este modelo de modernización universitaria toma básicamente las necesidades del sector moderno de capital, y oligopólico, como las necesidades reales del aparato productivo. Así, se forman prioritariamente profesionales para que respondan a ese sector, con las tecnologías más avanzadas y formas de organización racional-capitalista, pero incapaces de insertarse en otros sectores que presentan demandas no reflejadas en el mercado, al no configurar plazas laborales consideradas de prestigio social y económicamente remunerativas.

La saturación de las plazas de prestigio y la crisis misma del mercado exige a la universidad un replanteamiento de sus políticas de vinculación con la sociedad. El cambio de perspectiva puede arrojar respuestas significativas y orientar sus esfuerzos de formación, investigación y difusión cultural (así como de la planeación de los mismos) a variados sectores del mercado heterogéneo, desigual y combinado, bajo la orientación de definiciones de política académica precisas: sector informal, mediana y pequeña empresa, industria doméstica, trabajo artesanal, economías campesinas e indígenas, sector estatal, etcétera.

### 3. La universidad academicista

Uno de los modelos frecuentemente impulsado es el de la universidad academicista, entendiendo por ello a la universidad que tiene como fin la producción y transmisión de conocimientos al margen de las determinaciones de orden económico, social y político. Algunas interpretaciones de la autonomía universitaria apuntan en esta dirección: posibilitar que la docencia, la investigación y la difusión de la cultura sean funciones en cuyo desempeño no intervengan exigencias extra-académicas, principalmente de carácter político.

Una versión moderna del academicismo radica en una forma de concebir a la universidad de excelencia académica. Centrando la discusión en el conocimiento como el objeto de trabajo de la universidad, explícita o implícitamente se aísla este objeto de su entorno social en donde realmente adquiere significado. En esta perspectiva se sostiene que la universidad no puede ir más allá de su naturaleza estrictamente académica, adoptando así una concepción de ciencia neopositivista que la deslinda de los juicios de valor, y que su contribución a la sociedad radica sólo en el estudio “científico” de los problemas. En este modelo se contraponen lo político a lo académico, la crítica social al compromiso con el saber, la vinculación a los problemas nacionales con el desarrollo de la ciencia.

La crisis del modelo se puede identificar en consideraciones como las siguientes:

1. Los procesos de generación y transmisión de conocimientos y la cultura no son procesos autónomos que se den al margen de los intereses sociales que operan dentro y fuera de la universidad. Las posturas academicistas mismas vehiculizan proyectos y toman partido en la discusión sobre las relaciones universidad-sociedad. Si bien es erróneo supeditar la academia a otros factores, también lo es desarrollarla como ente ahistórico y neutro frente a los problemas del país.

2. La superación de la academia no puede darse sólo a través de acciones que tocan los procesos inherentes a la producción y transmisión del conocimiento, sino que se requiere de una estrategia que abarca al conjunto de factores que lo condicionan: sistemas de organización institucional, formas de gobierno, infraestructura y recursos, relaciones entre los actores educativos y especificación de las reglas del juego y la definición de políticas de interacción con la sociedad. De no hacerse así, toda medida de mejoramiento de la calidad será parcial, puesto que las funciones sustantivas de la universidad no se dan fuera de un contexto que las condiciona y las posibilita.
3. El planteamiento de la universidad de excelencia es un desiderátum que implica procesos complejos para conquistar niveles adecuados de calidad y asimismo condiciones de factibilidad inexistentes en la mayoría de las instituciones. Es necesario, en consecuencia, impulsar el desarrollo hacia la superación académica de las universidades, a partir de sus condiciones actuales y no a partir de un paradigma ideal. Con frecuencia en las universidades hemos vivido la experiencia de que lo óptimo deseable se convierte en enemigo de lo real posible.
4. La crisis del país, que de lo económico irrumpe en todos los ámbitos de la vida social, cuestiona la validez misma del modelo academicista. Si la exigencia actual es proponer soluciones a los grandes y graves problemas que vivimos, proyectar escenarios prospectivos para el México del siglo XXI, diseñar estrategias alternativas para el desarrollo social, en fin, comprometerse seriamente en el proceso de reconstrucción nacional entonces la universidad no puede cerrarse a este reto en aras de una ideología científicista o humanista tradicional que la situaría por encima de la realidad material de la sociedad.

#### 4. La universidad burocrático-política

La universidad, como toda institución social, pero con sus peculiaridades, junto a su carácter académico definido por sus funciones (docencia, investigación y difusión de la cultura) y fines declarados, constituye un campo de lucha en el que distintos grupos y sectores pugnan por el poder y el control político de acuerdo a sus intereses, ideología y propósitos particulares.

El modelo burocrático-político se configura de manera cada vez más nítida a partir de la década de los setentas, adquiriendo diversas modalidades, las más de ellas articuladas entre sí:

- La universidad del anonimato, de las relaciones impersonales y del autoritarismo en la toma de decisiones dentro de una estructura jerárquica que desplaza la figura del académico frente a la del administrador.
- La universidad del clientelismo y de los feudos de poder, que exige incondicionalidad de los subordinados al líder y obediencia a las reglas no escritas del juego político dentro de la institución: respeto a otros feudos, premiación a la lealtad personal y actuación oportunista para escalar posiciones superiores de la jerarquía del poder.
- La universidad de los privilegios para autoridades y funcionarios, y de descuido de la academia, sujeta a su propia fuerza inercial.
- La universidad subordinada a intereses de partidos, grupos o sectores externos que la supeditan a estrategias políticas con fines de conservación o toma de poder, sea en la sociedad global, en ámbitos localizados de acción extra-universitaria o espacios internos de la institución.
- La universidad militante que se concibe como un espacio privilegiado de politización radical de la juventud y de vinculación con los procesos de resistencia popular, en la que su eficacia se pretende medir en términos de su contribución a la transformación del modelo social prevaleciente.

Estas modalidades entran en crisis ante el deterioro creciente que la universidad ha sufrido en los últimos años por un lado, y ante la inviabilidad histórica de constituir a la universidad en el motor del cambio social por otro, como a continuación indicamos:

- a) A excepción de ciertos casos localizados en algunas universidades, en los últimos quince años se había logrado controlar la disidencia en lo sustancial, al confinarla a ámbitos sectorializados (sindicatos y

organismos políticos, partidarios o no). Hoy la situación apunta hacia la crisis en la conducción de la universidad con el actual modelo, y la necesidad de replantear el pacto social entre los distintos actores universitarios.

- b) La crisis de legitimidad del sistema político en su conjunto, la reorganización y la aparición de nuevas fuerzas que contienden en el proceso electoral, repercute en la universidad de formas diversas. Una de ellas se relaciona con el cuestionamiento de una forma de hacer política en la universidad que reproduce los vicios más característicos de las prácticas políticas que se dan a nivel nacional, la “grilla”, el ocultamiento de la realidad con un discurso demagógico y oscurantista, los golpes bajos, el sectarismo, la eliminación del adversario, etcétera.
- c) La conciencia cada vez más amplia de diversos actores, todavía no generalizada por cierto, sobre el estado real de la universidad pública, cuestiona el modelo burocrático-político. La carrera hacia el continuo deterioro de la calidad de las experiencias académicas de diverso tipo, que ha convertido a la universidad en una escuela más que otorga certificados para un ejercicio profesional incierto, pone sobre la mesa de discusiones la pertinencia del modelo.
- d) El pacto político entre los principales actores dentro de la universidad y entre ésta y el Estado, que la hizo funcionar en un equilibrio inestable durante quince años, hoy está en entredicho. Ello por la articulación de factores de diversa índole, que van desde la restricción al subsidio universitario hasta la motivación de los actores en el quehacer cotidiano. El financiamiento estatal sin duda representó el soporte del equilibrio, y ante su drástica disminución aquél se rompió. Hoy la universidad no parece representar para el Estado un foco prioritario de atención como lo fue en los años posteriores al conflicto del 68, y pasa a ser un problema en todo caso menor en el conjunto de la sociedad. Entre las prioridades que hoy el Estado identifica están el pago de la deuda, la lucha contra la inflación, el mantenimiento de una planta productiva azotada por la crisis y el sacar adelante el pacto de solidaridad económica.

Por otra parte, el acuerdo entre los actores internos se reduce en sus posibilidades: el deterioro salarial del personal académico, las condiciones materiales deplorables con que se realizan las prácticas educativas, las dificultades crecientes del estudiantado para permanecer en la universidad con los mismos niveles de calidad en el aprendizaje y la incertidumbre generalizada del futuro próximo, lleva a una crisis de motivación de los actores y a una pérdida de significado de sus acciones.

## V. A MANERA DE CONCLUSION

Ciertamente las líneas de reflexión apuntadas anteriormente de ningún modo pretenden agotar el análisis de la actual crisis de la universidad. Hemos apuntado la variedad de significados de la noción de crisis, y los distintos usos ideológicos que se pueden dar. Una conclusión que se deriva de lo antes expuesto es que resulta ineludible el replanteamiento de los modelos y las prácticas universitarias, y su rearticulación en torno al eje sustantivo de la universidad: el proceso de producción y comunicación del conocimiento científico y humanístico.

El objeto de la universidad, en su sentido más amplio, es la cultura, sea en su vertiente de producción o de transmisión y difusión. E] conocimiento científico y humanístico, el saber en las ramas más variadas, los valores, las formas de enfrentar y transformar al mundo, son el contenido sustantivo de la universidad. Sin embargo, este contenido está determinado por la historicidad particular de la universidad mexicana, dando origen a los distintos modelos en ella coexistentes.

La universidad es un espacio de análisis crítico, de comunicación entre sujetos sociales (profesores, investigadores y estudiantes) para crear y recrear el conocimiento sobre la naturaleza y la sociedad, así como propiciar un aprendizaje constante y ascendente en la confrontación con el otro, en el debate razonado, en el diálogo fructífero y constructivo y en el enfrentamiento cotidiano con el propio saber.

Pero el espacio dialógico no se termina en los muros universitarios, sino que lo trasciende con su vertiente crítica. Un diálogo en torno al conocimiento que es un producto social e histórico y que interactúa con el

conjunto de componentes del tejido social del México contemporáneo; un diálogo que se plasma en el carácter crítico con que se realiza, al no dar por absoluto el conocimiento socialmente acumulado, ni confundir los principios científicos con dogmas de fe; un diálogo que busca siempre ir al fondo de los hechos trascendiendo lo fenoménico, pero sin renunciar a él, y un diálogo que no renuncia al papel transformador que tienen los sujetos, y que ubica el dominio del saber en el campo estratégico para la construcción de una sociedad más justa.

Esta es la universidad que, ante las adversidades acentuadas en el contexto de la crisis de finales de los ochentas, no renuncia a su compromiso con su función sustantiva de generación y transmisión de un saber socialmente comprometido. Un saber ligado a la política, sí, en tanto compete al conjunto de la colectividad, pero no se subordina a los dictados particulares de un grupo, secta o partido, un saber ligado al debate ideológico, en tanto no puede concebirse como ente situado por encima del campo de significaciones sociales, pero al mismo tiempo sujeto a las reglas propias de cada saber (científico, tecnológico, humanista, etcétera)

El espacio del diálogo crítico que también existe en la universidad es el espacio en donde se encuentran los profesores (con experiencias ricas en el complejo camino de búsqueda, construcción y desconstrucción del conocimiento) con los alumnos dispuestos a confrontarse con aquéllas. Con variados métodos, desde la clase magistral tradicional hasta las modernas dinámicas grupales, en este espacio florece la creatividad, la responsabilidad y el compromiso; la universidad se vive intensamente como experiencia vital en el ámbito personal de los sujetos; la formación, en fin, se asume en la práctica como un proceso profundamente relacionado con la sociedad de la que forma parte, en tanto es en sí mismo un proceso social estructurado y estructurante de los sujetos.